

ALGUNAS NOTICIAS Y REFLEXIONES SOBRE LA “HISTORIA DE AL-ANDALUS” DE IBN AL-KARDABŪS

Felipe Maíllo Salgado

Hace ya algunos meses ultimé y terminé el estudio y la traducción al castellano de los fragmentos relativos a al-Andalus¹ de la crónica *Kitāb al-iktifā'* de Ibn al-Kardabūs (s. XII-XIII), traducción y estudio que se hacían necesarios, en vista de que dicha crónica contiene noticias importantes y casi desconocidas sobre la historia de los reinos hispanos del medievo.

Al efectuar la traducción, dada mi formación de historiador, preferí el traslado literal al artístico; por ello, ciñéndome estrechamente al texto, seguí por lo regular el orden y la secuencia de las palabras árabes. Con todo, como la construcción sintáctica árabe es muy diferente de la construcción castellana, me ví obligado a traducir, en ocasiones, una palabra por una perífrasis y, más raramente, un sustantivo por un verbo o viceversa; mas, cuando eso sucedió, opté por dar en nota la traducción exacta y poco idiomática de las palabras o frases dificultosas.

Ciertamente tal manera de traducir resultaría odiosa en un escrito de tipo literario, pero no en un texto histórico, por cuanto su traducción debe reunir, a mi juicio, unos requisitos imprescindibles: el poder ser manejado con rigor por el historiador no arabista y el ser entendido sin dificultad por el simple lector ocasional.

Efectivamente, sólo partiendo de la literalidad del texto podrá el historiador basar un aserto, establecer una hipótesis o subrayar una frase sin que le asalte la sospecha, al citar tal o cual enunciado, de que, quizá, éste haya salido de la imaginación del traductor. Por otro lado, me interesaba transmitir al no familiarizado con el árabe, de la forma más precisa posible, el sentido especial que en el discurso histórico adquieren ciertos giros y términos arábigos, los cuales, por ser muchas veces intransferibles, revelan mejor que otras palabras o expresiones el verdadero genio de la lengua y la realidad mental que vehiculan². Por ello decidí que mi traducción no debía sino responder a dos supuestos: literalidad y comprensión.

¹ Actualmente en prensa en la Editora Nacional.

² Hago mías las palabras de Jean-Paul Sartre, quien afirmaba que el genio de un pueblo se revelaba precisamente en las palabras intraducibles de su lengua.

Teniendo en cuenta estas dos nociones elementales que han presidido el trabajo realizado, me propongo dar ahora una aproximación a la crónica traducida mediante una serie de noticias —las más importantes y originales— que en ella se guardan, entreverando ciertas reflexiones críticas acerca de las mismas. Mi designio me parece tanto más oportuno, cuanto que la nueva versión de unos hechos puede dar lugar a la revisión de otros o, al menos, ayudar a verlos desde una perspectiva diferente.

De cualquier manera que sea, la novedad y singularidad de las noticias que a continuación se enumeran no dudo suscitarán el interés de los medievalistas.

I. *Notas acerca de la conquista de al-Andalus.*

Todos conocemos, por distintas fuentes árabes, cómo se realizó el desembarco de los musulmanes en la Península y la relativa facilidad con que éstos, una vez desembarcados, procedieron a su conquista. Nuestro texto, sin embargo, da una versión ligeramente distinta de ese hecho, cuya importancia histórica no es necesario subrayar.

En efecto, Ibn al-Kardabūs describe las operaciones de desembarco de Ṭāriq y su ejército con todo lujo de detalles, dándonos una información suplementaria extremadamente valiosa. Así, cuando los musulmanes estaban a punto de desembarcar en tierra europea, nos dice algo que choca con todo lo sabido hasta ahora:

“[Ṭāriq] encontró algunos cristianos apostados en un lugar bajo [de la costa] en el que había decidido el desembarco a tierra firme, pero ellos se lo impidieron. Él, entonces, se apartó de allí durante la noche hacia un lugar abrupto, que él allanó con los remos y las albardas de las monturas; de él descendió al campo abierto, mientras ellos (los cristianos) no lo sabían. En ese punto lanzó una algará contra ellos y cayéndoles encima los hizo su presa”.

Este contexto resulta novedoso e importante por dos motivos: primeramente, porque señala la realidad de una resistencia ante una invasión de la que los cristianos estaban puntualmente informados. Su presencia en el sitio donde se iba a producir y en el momento exacto en que aquélla se efectuaba no deja lugar a dudas. Esto, por otra parte, nada tiene de extraño que fuera así, toda vez que, según la crónica, primero se había dado la incursión de Yulyān a Algeciras y después la de Ṭarīf a Tarifa, de forma que el fenómeno de las incursiones provenientes de la costa africana se estaba convirtiendo en algo frecuente. En segundo lugar, advertimos por el texto una alteración en los planes militares de los musulmanes, dados los cambios que éstos tuvieron que hacer, a fin de realizar las operaciones de desembarco e invasión con éxito. Cambios que podemos resumir en varias operaciones encadenadas: desembarco durante la noche, tras el fallido intento diurno, en lugar rocoso y poco accesible, o sea, por un lugar no vigilado, dada la supuesta imposibilidad de acceso; realización de tareas de nivelación o igualación de la aspereza del terreno, utilizando albardas y remos, para posibilitar no sólo el desembarco, sino también el ascenso de hombres y bestias a las rocas; y descenso a la llanura por el flanco, con el objeto de sorprender al enemigo antes de que éste se diese cuenta. Toda esta serie de maniobras, clave del éxito, fueron fruto de una estrategia puesta a punto sobre la marcha.

En definitiva, los hechos relatados en este contexto, que a todas luces parecen ciertos³, ponen en tela de juicio la facilidad de la invasión y el supuesto desconocimiento que de la misma tenían los cristianos.

II. Refutación de la tesis del “desierto estratégico del Duero”.

Otra de las noticias más significativas que nos proporciona la crónica la hallamos en las palabras que, en estilo directo, el autor pone en boca de Almanzor poco antes de su muerte, hablando con su camarlengo (*ḥāyib*) y esclavo (*fatà*) Kawtar. Entre ambos personajes se entabla un diálogo —vivo, expresivo y cargado de información— cuando el dictador, en su lecho de muerte, rompe a llorar amargamente y el *fatà* pregunta en la forma que sigue:

“¿Por qué lloras, o mi señor? ¡No llores!” Él, entonces, le respondió: “Lloro por lo que he perjudicado a los musulmanes, pues aunque me matasen y quemasen no se harían pagar todo lo que les debo”. El [*fatà*] le preguntó: “¿y cómo eso? cuando tú has fortalecido el Islam, conquistando ciudades, humillado a los infieles y has hecho transportar tierra a los cristianos desde sus más lejanos lugares hasta Córdoba, cuando construiste su mezquita algima en ella”. Él le contestó: “cuando conquisté las tierras de los cristianos y sus fortalezas las repoblé [y avituallé] con los medios de subsistencia de cada lugar y las sujeté con ellas hasta que resultaron favorables completamente. Las uní al país de los musulmanes y fortifiqué poderosamente y fue continua la prosperidad. Mas he aquí que yo estoy moribundo y no hay entre mis hijos quien me reemplace; mientras ellos se dan a la diversión, al goce y a la bebida, el enemigo vendrá y encontrará unas regiones pobladas y medios de existencia preparados, entonces se fortalecerá con ellos para asediarlas, y se ayudará, al encontrarse con ellos, para sitiarlas, y seguirá apoderándose de ellas poco a poco, pues las recorrerá rápidamente, hasta que se haga con la mayor parte de esta península, no quedando en ella sino unas pocas plazas fuertes. Si Dios me hubiese inspirado devastar lo que conquisté y vaciar de habitantes lo que dominé, y yo hubiese puesto entre el país de los musulmanes y el país de los cristianos diez días de marcha por parajes desolados y desiertos, aunque [éstos] ansiasen hollarlos, no dejarían de perderse. Como consecuencia, no llegarían al país del Islam sino en jirones, por la cantidad [necesaria] de provisiones de ruta y la dificultad del objetivo”.

Entonces le dijo el *ḥāyib*: “Tú irás hacia el sosiego en breve si Dios quiere, manda, pues, eso que has pensado”. Él le respondió: “¡largo de aquí! no me vengas con historias. ¡Por Dios! si yo curase y ordenase lo que has indicado en verdad la gente diría: Ibn Abī ‘Āmir enfermó y su enfermedad adueñándose de su cerebro le ha vuelto loco y necio, ha devastado el país de los musulmanes y al evacuarlos lo ha despoblado”.

Este contexto da cuenta de aspectos desconocidos no recogidos por otras fuentes. Almanzor aquí se nos presenta, más que como caudillo guerrero, como organizador del territorio musulmán, al promover una política de asentamientos dentro del territorio ene-

³ Ibn ‘Idārī en *Al-Bayān al-Mugrib* señala igualmente el empleo de albardas y remos por los musulmanes en su ascenso a *Yabal al-Tāriq* (Gibraltar).

migo: repoblado tierras, ciudades y fortalezas con gentes musulmanas, y proveyéndose de lo necesario con los recursos que le ofrecía el propio país conquistado. Esto naturalmente, daba lugar a una organización territorial de tipo militar que permitía, además de poner en marcha la economía de una determinada comarca, la autosuficiencia en caso necesario, el desarrollo de las comunicaciones y la eficacia de los ejércitos musulmanes en caso de ataque o de contraataque, fomentando así un campesinado militarizado y paliando, por este medio, la escasez de hombres y soldados en regiones desangradas por las luchas fronterizas⁴.

Este sistema de poblamiento hay que ponerlo en relación con el sistema bizantino de los *themas*⁵, y es posible que propiciara, mejorando la condición social del campesino, la aparición de una nueva categoría social de pequeños propietarios libres en comarcas cuasi autosuficientes.

No sabemos hasta qué punto fue eficaz esta política de asentamientos, pero es obvio que era un arma de dos filos, puesto que en caso de debilidad del poder central y sin el envío periódico de aceifas a territorios cristianos, éstos podían, con bastante facilidad, correr la tierra sin problemas de aprovisionamiento, en vista de que disponían de los recursos de unas tierras pobladas y cultivadas.

Todo parece indicar que la mejor solución, para contrarrestar los ataques cristianos, hubiera sido la desertización de una ancha banda a ambos lados de la frontera, pero tal solución era inviable, puesto que, de hacerse, se devastaría el propio territorio musulmán y se dañaría a sus propias gentes; por cuanto se tendría que devastar y despoblar un territorio floreciente, poblado al parecer esencialmente por musulmanes. No olvide-

⁴ Sabemos por Ibn 'Idārī que al-Muzaffar, hijo y sucesor de Almanzor, siguiendo la política de su padre, tras la conquista de ciertos lugares procedía a su reconstrucción, repoblándolos con musulmanes de forma inmediata. De ese modo afianzaba la victoria y la permanencia del Islam en tierras de infieles.

Este proceder queda manifiesto en la aceifa efectuada por tierras catalanas durante el mes de *ramadān* del año 399 (julio 1003): "El *ḥāyib* recomendó a los musulmanes en el momento de la toma (de una fortaleza) que no quemasen casas ni demolicen edificaciones, porque tenía la intención de aposentar en ellas a los musulmanes. Así pues, ordenó enseguida su reparación, comunicando a los musulmanes que quien quisiese inscribirse en el registro del ejército (*dīwān*) por dos dinares al mes, lo hiciese, a condición de que se estableciese en esa fortaleza (*ḥiṣn*), y tendría, además de la casa, una tierra de labor. Entonces muchas gentes lo desearon y se establecieron en ella inmediatamente".

"Cuando el *ḥāyib* hubo terminado completamente lo que deseaba con esta fortaleza y establecido la palabra del Islam en ella, en una tierra donde no se vio jamás el Islam, marchó de ella...". Cf. *Al Bayān al-Mugrib*, III, ed. E. Lévi-Provençal, París, 1930, pág. 7.

⁵ Sabemos muy bien que el *thema*, como unidad administrativa territorial, era un elemento fundamental del Estado bizantino durante la Edad Media.

Al frente del *thema* estaba un funcionario con poder civil y mando militar; tenía, por decirlo así, plenos poderes como un virrey.

El sistema de *themas* impulsó el desarrollo del campesino libre que, a la vez, hacía de soldado. Este recibía, a cambio de servir en el ejército de forma obligatoria, unas tierras, cuya renta le aseguraba su mantenimiento y equipo. Tal sistema permitía que existiesen en cada provincia unas milicias que podían, en caso de ataque, ser movilizadas en breve espacio de tiempo.

Estos dos últimos aspectos los encontramos en el sistema militar implantado, al parecer por Almanzor, en las nuevas tierras conquistadas cerca de las fronteras. Aunque lo más probable es que Almanzor tan sólo se limitase a echar mano de un expediente empleado ya con toda seguridad por los abasíes en el 138/755, cuando queriendo guarnecer las plazas fuertes de la frontera bizantina debieron crear un doble incentivo para reclutar soldados, a saber, la promesa de repartir lotes de tierra en la zona además de los 80 dirhemes de estipendio mensual por cabeza. Cf. Ṭabarī, *Ta'rīj al-Rusul wa l-Mulūk* ed. M.J. de Goeje, Leyde, 1879-1901, III, pp. 121-125.

mos que a principios del siglo XI, coincidiendo con la mayor potencia militar musulmana, es cuando el proceso de islamización y de atracción cultural arabizante alcanza entre los habitantes de la Península su punto álgido.

En consecuencia, este texto pone en tela de juicio dos supuestos: el primero es que Almanzor no es sólo el dictador duro y astuto que presentan otras fuentes árabes y cristianas; aquí, en vez de destruir y aniquilar, aparece como colonizador y repoblador. En segundo lugar, el texto niega rotundamente la cuestión tan traída y llevada del “desierto estratégico”, (tesis ésta tan querida desde el siglo XIX, que es todavía defendida por reputados medievalistas en la actualidad). Es obvio que ni Almanzor habría propuesto tal solución, de haber sido llevada a la práctica en época anterior a la suya, ni un hombre tan puntual como Ibn al-Kardabūs, que vivió siglo y medio después de estos hechos, hubiese consignado ese diálogo de no tener visos de noticia cierta y exacta.

III. Nuevas sobre las técnicas ideológicas de conquista.

Noticia interesante igualmente es la que el autor de la crónica nos transmite acerca de la astucia política de Alfonso VI, puesta de manifiesto durante el asedio a Zaragoza.

En efecto, Al-Kardabūs nos dice que Alfonso había prometido que

“él daría, a todo aquél que del Islam se le sometiese, justicia y protección, y bondad en lo privado y en lo público —pues se tomaría a pecho la equidad y la seguridad al frente de ellos—. Les prometió que no estarían obligados a otra cosa que lo que la tradición islámica hacía obligatorio, y que en lo demás los dejaba en libertad. Era cosa bien sabida que había distribuido a las gentes pobres de Toledo cien mil dinares para que se ayudaran con ellos en la siembra y el cultivo. Entonces las gentes de Zaragoza pedían aclaraciones sobre la veracidad de sus palabras y sobre la certeza de sus hechos”.

Este texto resulta sumamente expresivo en su letra y en su espíritu. El rey cristiano promete la abolición de todos los impuestos ilegales (*mukūs*) incompatibles con la *Sunna*. Esta medida, a la que el pueblo sería tremendamente receptivo, estaba encaminada a restar credibilidad al régimen establecido; no ya porque las cargas que los régulos de taifas habían impuesto a sus súbditos no estuvieran estipuladas por el Corán o por la *Sunna*, sino porque aquéllas se incrementaban de día en día, haciéndose el régimen que las instituía cada vez más opresivo.

Alfonso VI, en suma, utilizando como pretexto el querer restablecer la fiscalidad legal islámica, confería títulos de legitimidad a su propia conquista (los almorávides no hicieron más que emplear el mismo expediente) a la vez que minaba la base social en la que se sustentaba el régimen de los Banū Hūd. Si a esto se le añade la campaña de propaganda montada en torno a la ayuda monetaria de 100.000 dinares, concedida por el rey a los campesinos musulmanes arruinados por el prolongado sitio de Toledo (con el objeto de resarcirles de los daños y permitirles la compra de semillas para la siembra y, así, poner a producir sus tierras) y que de alguna manera podía eventualmente repetirse en Zaragoza, no hay duda de que tales medidas, acompañadas de promesas de justicia y equidad, suscitarían como efecto inmediato el germen de la duda entre las gentes de la ciudad y, después, su consecuente división, surgiendo por lo mismo un talante,

cuando no un grupo, decididamente procastellano, que la lógica y el texto dejan entrever.

Y, aunque la toma de la ciudad no pudo llevarse a cabo por la venida de los almorávides, no por ello el texto deja de tener valor, ya que éste nos ilustra acerca de una faceta no muy conocida de las guerras de conquista: la de la propaganda, que aparece, ya desde entonces, utilizada para fines militares como arma ideológica de primer orden en el asedio de ciudades.

IV. Bosquejo de la descomposición de los reinos de taifas.

La característica más sobresaliente de Ibn al-Kardabūs es su manifiesto cuidado en dar informaciones exactas y correctas, esto especialmente se aprecia en las cifras que en ocasiones da de los efectivos militares. Así, francamente, nos cuenta:

“Entonces los cristianos se esparcieron por todas partes, causando daños en todas las ciudades, pues los confines del país de los musulmanes se convirtieron en pasto suculento para ellos”.

“Los cristianos llegaron a hacer una incursión a la vista de Almería, una despreciable canalla de ochenta hombres a caballo. Entonces Ibn Šumādiḥ hizo salir a uno de sus generales y con él cuatrocientos de sus mejores soldados, pero cuando se encontraron con el enemigo fueron derrotados, pues ni se detuvieron [a hacerle frente] ni mostraron osadía”.

Estamos bien lejos de la exageración tendenciosa del autor de *Rawḍ al-Qirṭās* o de otros. En vez de hinchar las cifras de los enemigos nos hace ver, a pesar de sus insultos, el arrojo y valor de éstos, así como el estado real de postración en que se encontraba el Islam peninsular, donde menos de un centenar de hombres a caballo podían permitirse realizar operaciones militares, penetrando profundamente en el país, sin que prácticamente existiese, en algunas zonas, una fuerza organizada que les pudiese hacer frente o detener.

Ese estado de disgregación resalta aún más en algunas noticias escuetas cargadas de información:

“Y en ese año la codicia de una categoría de cristianos creció sobre la Península. García asedió Almería, Al-Fānt (el Infante?) Lorca, Alvar Fáñez sitió Murcia, el Campeador, Játiva”.

“Mientras, Al-Mu‘tamid despachó a su hijo Al-Rāḍī con tres mil caballeros para encontrar al enemigo, maldígale Dios, que tenía [tan sólo] trescientos caballeros, pero su hijo fue derrotado ante él (el enemigo cristiano) y huyó delante de él; entonces [el enemigo] aniquiló su ejército, mató y cogió prisioneros a sus jefes. Y un obispo franco edificó en la orilla del mar el castillo de *Šāsana*”

Este contexto pone de relieve la enorme capacidad ofensiva de los castellanos del tiempo y sus óptimas cualidades militares, toda vez que podían salir vencedores de un encuentro en el que los enemigos estaban con respecto a ellos en una proporción de diez a uno. Por eso no es extraño que el Islam peninsular fuese presa de cualquier aventurero

de fortuna, de cualquier jefe de partida que tuviese las dotes militares precisas y el arrojo suficiente, pues no necesitaba disponer de fuerzas considerables, máxime cuando podía procurárselas en el lugar mismo de las operaciones con bastante facilidad. Efectivamente,

“durante este período se unieron al Campeador, y a otros (jefes cristianos), musulmanes malvados, viles, perversos y corrompidos, y muchas gentes que actuaban conforme a la manera de obrar de ellos. Se les dio en llamar *dawā'ir*. [Éstos] lanzaban algaras contra los musulmanes, violaban los harenes, mataban a los hombres y hacían cautivos a mujeres y niños. Muchos de ellos apostataron del Islam y rechazaron la ley del Profeta, Dios le bendiga y salve, hasta el punto que llegaron a vender al musulmán prisionero por un pan, por un vaso de vino o por una libra de pescado, y a quien no se rescataba le cortaban la lengua, le sacaban los ojos o le soltaban perros de presa que lo destrozaban”.

“Un grupo de ellos, que se había unido a Alvar Fáñez, maldígale Dios así como a ellos, cortaba los miembros viriles a los hombres y las partes pudendas a las mujeres. Eran los criados y los servidores de él (Alvar Fáñez), que habiendo sido seducidos grandemente en [lo concerniente a] sus creencias, fueron perdiendo enteramente su fe”.

Esto da idea de la descomposición social y moral a la que se había llegado en el territorio islámico; si a esto se le une la atracción que ejercía un enemigo cada vez más fuerte y más prestigioso, junto al aliciente de unas ganancias fáciles y cuantiosas, se comprende el talante mutante de esos elementos de origen musulmán.

Al autor, en suma, no le duelen prendas, con tal de dar una visión exacta de una realidad de la que estuvo cerca de ser coetáneo.

V. *Muestra de tolerancia cristiana en la ocupación de la ciudad de Zaragoza.*

Justamente donde más se manifiesta la imparcialidad y exactitud de Ibn al-Kardabūs es, quizá, en la nueva información que nos aporta respecto a la caída de Zaragoza y, especialmente, en los detalles que nos proporciona acerca de la emigración (muy por debajo de la cifra que él supone) de los musulmanes de la ciudad y del tratamiento que se les dio.

“La mayoría de los musulmanes emprendieron la emigración y la huida, llegó su número aproximadamente a 50.000 personas entre pequeños y grandes, mujeres y varones. Cuando estaban para partir de la ciudad, él (Alfonso I) cabalgó en persona junto con los que le acompañaban y seguían, entonces se detuvo ante ellos ordenándoles que mostrasen todo lo que tuviesen de pequeño o grande, y así vio innumerable cantidad de riquezas que no esperaba ver [ni] una parte de ellas en su vida. Entonces les dijo: “Si yo no hubiese sabido las riquezas que teníais habríais dicho: «Si él hubiese visto algo de ellas no nos habría permitido la salida». Partid, pues, ahora adonde queráis, bajo seguro”.

“Entonces envió con ellos algunos de sus hombres, quienes les acompañaron hasta los confines de su país, y no les tomó sino un metical por los hombres, [uno por] las mujeres y [uno por] los niños”.

Este contexto es raro en la pluma de un musulmán de la época por su ecuanimidad, y digo ecuanimidad, porque un musulmán no exaltaría la figura del conquistador cristia-

no, que ha amputado al Islam de una de sus más bellas ciudades, sin motivos bien evidentes. Aquí, la política tolerante del rey aragonés es puesta de relieve mediante la bondad de su comportamiento con los habitantes de la capital de lo que había sido la Marca Superior; no sólo les deja partir con unas riquezas de las que él en su vida no verá reunidas ni una mínima parte, sino que, magnánimemente y sin haber sido burlado, pone a su disposición una partida de sus hombres para que los escolten hasta salir del país, cobrándoles únicamente un metical por cabeza.

Aun sabiendo lo que este salvoconducto tenía de medida política (permitía deshacerse de un foco de disidencia “poco productivo” —seguramente formado por funcionarios y adeptos al pasado régimen— y dejaba lugar para los repobladores) no es menos meritorio el hecho, teniendo presente que disponía de los medios para arrebatarles sus bienes por la fuerza y la justificación moral para hacerlo, en vista de que las gentes de Zaragoza habían puesto resistencia y no se habían entregado en un principio.

Vemos, pues, gracias a este texto, una dimensión nueva de las relaciones de tolerancia entre los dos grupos étnico-religiosos dominantes y antagónicos de nuestro medievo, incluso en los momentos difíciles de las capitulaciones, por más que éstas relaciones vengán personificadas en la figura y los actos de un rey.

VI. Noticias sobre las Islas Baleares.

Ibn al-Kardabūs también nos da nuevas noticias sobre las Islas Baleares, contribuyendo con ello a un mejor conocimiento de los hechos ocurridos en las Islas en un período bastante mal conocido.

“En el año 508(1114-1115) se juntaron gentes de Pisa y Génova, construyeron trescientas embarcaciones y salieron hacia la isla de Ibiza de la jurisdicción de Mallorca, entonces la dominaron, saquearon y cautivaron [a sus gentes]; luego, se fueron a la isla de Mallorca”⁶.

A continuación nos relata la historia política de las Islas en el período de los reyes de taifas, así como el sitio de Mallorca por los cristianos, la petición de ayuda a los almorávides por los musulmanes de las Islas y, en fin, el envío de una flota desde África al Archipiélago.

Este último acontecimiento dio lugar a dos efectos: el primero fue la devastación completa de las Islas por los cristianos. Éstos al verse imposibilitados para conservarlas

⁶ Esta expedición, cuyo principal objetivo era destruir el foco de piratería existente en las Islas Baleares, fue organizada como cruzada llevando por caudillo al conde de Barcelona, Ramón Berenguer III el Grande, el cual iba acompañado de gran cantidad de caballeros y magnates provenzales y catalanes, además de contar con la ayuda de algunas repúblicas italianas, entre las que figuraban Pisa y Génova.

Existen dudas sobre la fecha en que tuvo lugar dicha expedición, pero se sabe que en 1114 los cruzados tomaron Ibiza y en 1115 Ramón Berenguer III pasó a Mallorca (cosa que nuestro texto de alguna forma corrobora), siendo tomada su capital por asalto. Sabemos, asimismo, que el Conde permaneció un año en las Islas. Cf. Jerónimo Zurita. *Anales de la Corona de Aragón*, ed. A. Canellas López, C.S.I.C., Zaragoza, 1967, p. 130.

optaron por una estrategia de tierra quemada. La segunda consecuencia importante sería el asentamiento y la dominación almorávide, que tanta duración y trascendencia tuvo para las Baleares, entre otras cosas, por sus aportes étnicos.

El texto como siempre resulta más expresivo y revelador:

“Cuando el enemigo supo la salida de aquella flota, evacuó las islas y salió [de ella] muy contento por los cautivos y las riquezas que llevaba. Cuando llegó la flota, (los musulmanes de ella) hallaron la ciudad desierta, sus casas quemadas, negras, oscuras y cegadas. Entonces el general de la flota Ibn Tāqartās la reconstruyó con aquellos almorávides y combatientes de la guerra santa (*muḡāhidīn*) y otras categorías de gentes que estaban en su compañía. [También] acudieron a él quienes habían huido de ella (de la ciudad) hacia las montañas; así pues, se establecieron en ella, la reconstruyeron y la habitaron”.

“Y la flota se marchó hacia su lugar, volviendo a su base y asentamiento”.

VII. *Proyectos de unión territorial cristiano-islámica.*

Otra noticia sin desperdicio es la concerniente a las relaciones y proyectos de Alfonso VII y Aḡmad ibn Hūd, señor de Rueda (el Zafadola de las crónicas cristianas); y no por la noticia en sí, ya conocida, sino por la doble significación que tienen los hechos que en ella se relatan, apareciendo ahora, gracias al texto de Al-Kardabūs, con mayor transparencia.

“El tirano emperador, el apodado como Sultanito, le escribió diciéndole: “Sal de Rueda y yo te daré a cambio en Castilla lo que es mejor y más ventajoso [para tí], pues estarás más cerca del Occidente del país de al-Andalus. Luego yo saldré contigo personalmente, con mis ejércitos y mis héroes y dominaré contigo esos territorios. Tú los invitarás (a los musulmanes) a que te obedezcan, y a quien esté conforme contigo y entre en tu comunidad le dejarás personas de confianza junto a él y nombrarás a tus gobernadores sobre él; mientras, yo le protegeré de los ataques cristianos, pues seré para ellos (para los musulmanes) como el padre solícito y compasivo. Espero que nadie se abstenga de aceptarte, pues ya los almorávides les han hecho gustar los más intensos castigos y todos les aborrecen, y su deseo es que su rey, que está postrado, se manifieste. Y si ellos (los almorávides) pusiesen sus manos sobre tí, no quedaría un [sólo] hombre en su asamblea, pues a ellos (a los andalusíes) no les ha quedado de los descendientes de sus reyes uno, excepto tú”.

Este texto nos ofrece, como hemos dicho, dos perspectivas desde las cuales se pueden aquilatar unos hechos. Por un lado, el rey cristiano intenta hacer de al-Andalus un país vasallo de Castilla en un grado mucho mayor que lo sería posteriormente el reino de Granada (en tiempos de Fernando III). Se intenta de alguna manera la integración del país islámico peninsular dentro de la construcción política castellana, que se quiere y es multirracial y multiconfesional. El medio de lograrlo es valerse como agente de Aḡmad ibn Hūd, único magnate andalusí de linaje prestigioso e independiente de los almorávides, (primero en su principado de Rueda y, después, en las posesiones cedidas por el rey castellano en la frontera del Tajo, tras previo vasallaje).

Otro aspecto de consideración, que resalta en el contexto, es la importancia que se le da al nacionalismo andalusí para la consecución de los planes del rey cristiano: habida cuenta que la fuerza militar castellana por sí sola no bastaba para dominar los territorios musulmanes, se hacía necesario apelar al sentimiento nacional que la población hispanomusulmana en estado de latencia mantenía; por ello se pensaba que, al suscitarse un rey nacional, los almorávides, como extranjeros indeseables, serían abandonados por la mayor parte de la población.

Sin embargo, en esos cálculos, parece haber existido una sobrevaloración de la variable nacionalista y no una puntual justipreciación de la misma, según se desprende de lo que el texto dice unas líneas más adelante.

“(Los andalusíes) temían, si se sometían a él (a Aḥmad ibn Hūd) que el enemigo (el cristiano) les dominaría y obraría como dueño y señor de ellos, o los mataría y haría perecer”.

Así, a despecho del indudable prestigio que Aḥmad ibn Hūd tenía entre los musulmanes hispanos del tiempo, la idea de perder la libertad y el temor a la absorción jugaron la baza definitiva, haciendo que el evidente sentir nacionalista quedase subsumido, en gran medida, en la variable religiosa, esto es, en el Islam, y que, consecuentemente, los proyectos de unión territorial del rey cristiano se vinieran abajo.

Con todo, el texto sirve para probar una vez más que los intentos de unión territorial, bajo fórmulas semejantes, se ensayaron durante el medievo repetidamente por los cristianos, y especialmente por los castellanos; mas los fracasos a que dieron lugar tales intentos no dejaron dudas de su inviabilidad. Cuando esto ocurrió, se comprendió que la solución estaba, pura y simplemente, en la conquista militar y en la anulación del contrario.

.....

Quede, pues, todo lo expuesto hasta aquí como muestra de las novedades que encierran los fragmentos que componen la obra traducida, junto con algunas de las consideraciones que dichas novedades pueden motivar.

En este mismo orden de cosas, tan sólo me resta hacer la siguiente precisión: positivamente lo que confiere a la obra un valor especial no es, en rigor, la calidad de sus noticias (muy verídicas como demuestro en el estudio preliminar que acompaña la traducción) sino el que éstas, como se ha visto, puedan poner en tela de juicio, cuando no cambiar, tesis adquiridas y consagradas por la historiografía actual que tienen hoy un carácter poco menos que axiomático.